

Formación humanística del estudiante universitario

Alexander Aldana Piñeros¹
aaldana@ucatolica.edu.co

Recibido: octubre 15 de 2009

Arbitrado y aceptado: diciembre 14 de 2009

Resumen

La formación humanística ha sido de vital importancia en todas las culturas y épocas de la humanidad, no obstante, pareciera que en la época contemporánea el estudio de las humanidades ha caído en un desplazamiento, suplantación y olvido injustos. De tal modo, y partiendo de las preguntas ¿por qué es importante hablar de formación humanística en nuestros días? y ¿qué características ha de tener la formación humanística para nuestro tiempo? se propondrá un humanismo acorde a las necesidades de las personas y sociedades de hoy en día, que rechace todo tipo de reduccionismo ante lo humano y que reconozca la formación humanística como el método más propicio para la perfección de las potencias y facultades inherentes a la persona humana, cuyo valor en sí misma, dignidad y libertad han de sustentar cualquier acto formativo.

Palabras clave: Humanismo, desarrollo moral, estudiantes universitarios.

Moral Developments of Undergraduate Students

Abstract

The humanistic formation has been of vital importance in all cultures and times of the mankind, however, it seems that at the contemporary time the study of the humanities has fallen in an unjust displacement, supplanting and forgotten. Of such way, and coming from the questions: why is important to speak of humanistic formation our times? And what kind of Characteristics should have the humanistic formation in this time? agreed humanism to the needs of the people and societies of nowadays, it will be set out an humanism that protests against all kind of reductionism before the human and that it recognizes the humanistic formation as the most accurate method for the perfection of the powers and inherent skills to the human person, such value in itself, dignity and freedom have to sustain any formative act.

Key words: Humanism, moral development, undergraduate students.

¹ Licenciado en filosofía de la Universidad San Buenaventura, docente investigador adscrito al Departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Colombia.

Introducción

Este artículo de reflexión acerca de la necesidad de trabajar desde el contexto universitario en la formación de la persona humana está asociado a un proyecto de formación humanística adelantado con participación de profesores adscritos a instituciones de educación básica de la Zona Episcopal Espíritu Santo de Bogotá². En las universidades católicas, y desde un país de las condiciones culturales, sociales y económicas como las de Colombia; la formación de la persona humana, se antepone a cualquier consideración en torno a la educación de los ciudadanos. En consecuencia, la pretensión esencial del proyecto mencionado consistió en revisar empíricamente el grado de aceptación, viabilidad, ejecución y, en última instancia, de interiorización de una propuesta de formación humanística en algunos colegios de zonas marginales de la ciudad de Bogotá³.

Los lectores del documento se preguntarán, ¿por qué al cierre del proyecto se presentan argumentos que debieron hacer parte de la justificación del mismo? Ante lo cual sólo ha de reconocerse que si bien fue precisamente el compromiso por aportar a la formación humanística, lo que inspiró la formulación y desarrollo de la investigación; se partió de una hipótesis errónea: suponer que los docentes, por el hecho de tener formación universitaria en ciencias humanas, dominaban los modelos teóricos y didácticos de la formación en valores y el desarrollo moral (GUERRERO; 2009, p. 4).

Habiendo hecho esta salvedad, se presentan: el problema, las partes en que se ha de dividir para su análisis y la crítica. En primer lugar, una pregunta prefigura el rumbo del estudio ¿por qué hablar de formación humanística en estos tiempos?, si la primera evidencia real del siglo XXI, al igual que el anterior, ha poblado los ojos con nuevas y terribles formas de barbarie que atentan contra la dignidad de la persona y contra el sentido de la humanidad; totalitarismos políticos y económicos, guerras, hambre y pobreza mundiales y un gran espectro de crímenes ignominiosos han dejado su profunda huella en la convicción ante la naturaleza y dignidad del hombre.

Por esto, y por las transmutaciones de las formas clásicas de comprender la persona y por el aumento del tecnicismo y la globalización, es que se dice que estamos en una crisis del humanismo, y cuando no, presenciando su destrucción. Entonces vale la pena volver a preguntar ¿es lícito hablar de humanidades en una época que hiere a la persona humana y la dignidad del hombre mismo?

Responder a tal inquietud radical demuestra lógicamente la necesidad de una reformulación del humanismo para nuestra época, la misma descripción del estado de cosas planteado en el interrogante lleva forzosamente a afirmar la existencia del humanismo, pues, si el hombre contemporáneo ve atacada su persona, la reflexión humanista es inaplazable para él. No obstante, el apremio por comentar la importancia de la formación humanística, no sólo puede provenir de aquella tan mentada crisis de las humanidades, tiene que comprender a la vez, los modelos educativos seguidos por las instituciones de educación en todos los niveles, ya que muchas veces carecen de un plan serio, responsable y autoconsciente de enseñanza o formación humanística, ya sea por descuido o por no darle la importancia indicada a este tema.

² Proyecto adelantado entre junio de 2007 y octubre de 2009 con el auspicio del Centro Coordinador de la Investigación de la Federación Internacional de Universidades Católicas.

³ Para participar en el proyecto fueron convocados los docentes de los colegios adscritos a las parroquias y la arquidiócesis de la Zona Episcopal Espíritu Santo de Bogotá; siendo decisivo para el proyecto el apoyo brindado por las directivas y docentes de la Fundación Instituto Tecnológico del Sur y del Colegio Parroquial San Luís Gonzaga.

Allende a todas las situaciones, pensar en el humanismo para hoy, debe surgir de una deuda que ha de tener el hombre consigo mismo y con los procesos de formación de nuevas generaciones de hombres, deuda que consiste en educar hacia el interior en profundidad y perfección, en fortalecer el proceso de crecimiento personal de los estudiantes y de todos los individuos de la sociedad.

Con esto, es propicio decir que no se pretenderá en las siguientes ideas adentrarse en el difícil problema de cómo han de enseñarse las humanidades, lo que se hará es incitar a la reflexión del por qué es imperativo hacerlo...

Para esto, se ha de abordar la reflexión en torno a tres momentos generales, a saber, primero, se delimitará qué se entiende por formación humanística, atendiendo a un breve recorrido histórico, segundo, en el aparte llamado discusión, se hará el reconocimiento de la importancia capital que en la formación de las personas de hoy en día tiene la educación humanística, advirtiendo aquí, la promulgación de un modelo propio para la formación humanista, y, tercero, restringiéndose a los contenidos expuestos sobre la ineludible formación humanística en las sociedades actuales, se dan algunas conclusiones generales. Toda civilización, sociedad y cultura en la historia ha tenido una preocupación especial por la educación de sus individuos, pues consideraron que la formación de buenos integrantes haría de ellas grandes reinos, imperios o estados. No obstante, el interés de este escrito ha de situarse inicialmente en la interesante experiencia educativa del helenismo (siglos III a. C - I a. C, aunque su influencia cultural puede llegar hasta el siglo V de nuestra era), donde de manera clara se observa el ideal de hacer crecer el espíritu de los pueblos, resaltando a la persona en sí misma que marcha en continuo camino hacia lo superior.

Es claro que esto ya había sido señalado por las tradiciones filosóficas desde los presocráticos, pasando por Sócrates, hasta llegar a Platón y Aristóteles, con la Academia y el Liceo, donde se promulgó una constante búsqueda de la *areté*, la virtud individual y social (BORRERO CABAL; 2008, pp. 25-84).

Con esta inicial aproximación a la preocupación sobre el humanismo en la antigüedad, se puede observar que siempre el término *humanitas* se ve asociado a la *civilitas*, a la formación del individuo para que demuestre un ejercicio armónico entre sus libertades y sus relaciones sociales, no en vano la antigüedad clásica tomaba la formación de la persona como una manera de formar excelentes ciudadanos.

La formación humanística, y como debe ser toda educación, demuestra aquí la interconexión entre el hecho individual, social y universal del acto educativo. Siguiendo tales postulados, los griegos y romanos libres cultivaron la retórica, la gramática y la lógica, razón por la que se les llamó *artes liberales* en los estudios humanísticos posteriores, que los convirtieron en una especie de prestigio heredado de la antigüedad clásica (BORRERO CABAL; 2008, tomo I, p. 44).

De este fenómeno resultan algunas de las primeras aproximaciones al ideal humanístico, denominado *humanitas*, entre otros, por Marco Tulio Cicerón (106-43 a. C), uno de los más grandes exponentes y apologetas de la formación humanista que haya conocido la historia, y, a la par, una de las primeras clasificaciones de las artes liberales elaborada por Marco Terencio Varrón (116-27 a. C) y que contenían las siguientes artes: gramática, dialéctica, retórica, geometría, aritmética, astronomía, música, medicina y arquitectura.

Es así como la *paideia* griega fue revivificada en la *humanitas* romana, tal absorción se dio en parte a los trabajos de Cicerón y Quintiliano, en tanto, su preocupación por el

dominio de la maestría verbal, la precisión intelectual y la habilidad dialéctica.

No obstante, no se trataba únicamente de hablar bien, la *humanitas* ofrecía la oportunidad de "...poder elaborar, presentar o criticar un concepto, idea o argumento, operaciones mentales que requieren una muy completa educación en las artes liberales..." (BULLOCK; 1989, pp.14-15). Precisamente esto fue lo que tomó Cicerón en la palabra *humanitas*, viendo tales procesos como la senda para perfeccionar y desarrollar las cualidades esenciales y privativas de la persona humana.

A partir de los siglos V y VI de nuestra era, las artes liberales heredadas de la antigüedad se tomaron como *vías* hacia la pasión filosófica y teológica, como anhelo de sabiduría integral, y se convirtieron en la famosa organización curricular de la Edad media, que estaría en el núcleo del quehacer universitario desde el siglo XI y durante siglos. Tales caminos o *vías* del conocimiento eran: las *tres vías verbales o trívium, con la gramática, la lógica o dialéctica y la retórica; y las cuatro vías matemáticas o cuadrivium con la aritmética, la geometría, la astronomía y la música...* (BULLOCK; 1989, pp.45-49). Esta fue la manera de unir en un sólo método de estudio, los dos grandes pensamientos de la antigüedad, el matemático y el filosófico. En suma, la universidad buscó mediante el trívium y el cuadrivium la formación de un ideal de hombre, uno creyente, letrado, prudente y esculpido en las artes de la palabra, el número y el espacio.

Es reconocido que tales intenciones formativas nacieron en la antigüedad clásica y se nutrieron del espíritu medieval hasta convertirse en parte esencial del currículo de la universidad naciente. A la vez, es evidente que el término humanismo es asociado a un gran periodo de agitación cultural en Europa, se hace referencia, por supuesto, al Renacimiento, época de revolución en las estructuras de pensamiento y de vida social, política, económica y artística, que pasaba la

energía de la comprensión del mundo a las fuerzas humanas.

Los *studia humanitatis* de Cicerón, fueron aceptados plenamente por el humanismo renacentista de los siglos XV y XVI, tejiéndose la idea de un hombre total que centra su poder en su entendimiento, uno con vigor analítico, inductivo, matemático y vivencial. El hombre como eje de la acción, transformó al individuo en algo importante para sí mismo, lo instituyó como objeto de estudio, adelantándose a la racionalidad de los modernos.

El humanismo renacentista, derivado aquí de Cicerón y Quintiliano, ofrece una definición de su cometido en las bellas palabras del pensador renacentista Pablo Vergerio (BORRERO CABAL; 2008, tomo I, p. 406):

"Denominamos liberales los estudios dignos del hombre libre; por los cuales se ejercita la virtud y se logra la sabiduría, y el cuerpo y el espíritu se dirigen hacia cosas nobles; conducentes al honor y la gloria y que después de la virtud le deparan al sabio los más altos premios, mientras los caracteres vulgares se dicen satisfechos con el lucro y el placer".

Uno de los matices principales de este humanismo fue volver a las letras clásicas, latín y griego, como fuente de comunicación con los grandes maestros de la antigüedad para un entendimiento crítico, fundamentado en las más preclaras mentes de la historia. Los *studia humanitates* del renacimiento comprendían, la historia, la gramática, la poesía y la filosofía moral (BORRERO CABAL; 2008, tomo I, p. 33).

Resulta interesante, y también problemática, la categorización de las humanidades que hace la modernidad al integrarlas a los descollantes avances de la ciencia experimental y, sobre todo, a la nueva visión de la razón humana y su poder organizador, explicador y dador de certezas.

Tal cambio en la manera de entender el humanismo originó lo que a la postre será uno de los elementos de la supuesta batalla entre las humanidades y las ciencias experimentales, la especialización y la separación radical entre ambos conjuntos de conocimiento. Dicha disputa arrojó el siguiente panorama clasificatorio: dentro de las *ciencias humanas* se hallan, la filosofía, la teología, la filología clásica y moderna, la historia, el derecho y las artes; en las *ciencias naturales o experimentales* se encuentran, la matemática, la geometría, la física, la química y la biología. Además, se generó la conciencia de las *ciencias sociales*, compuestas por la economía, la etnología, la lingüística, la antropología, la psicología, la sociología... En la actualidad aún puede verse tal distinción moderna, pero con la diferencia de integrar las ciencias humanas o del espíritu con algunas de las ciencias sociales similares o afines como la antropología, por tener un aire de familia... (BORRERO CABAL; 2008, tomo I, p. 39-45). No se mencionará aquí el panorama contemporáneo de las humanidades, puesto que algo de su talante será problematizado en la parte de la discusión. A modo de síntesis, mientras para los griegos la *paideia* se encargaba de la formación del ciudadano, basando la naturaleza de los estudios humanísticos en la filosofía y en el estudio del ser, reflexiones de orden metafísico y cosmológico, es en Roma donde, con Cicerón, aparece por vez primera el término humanidades en el concepto de *humanitas*, para abarcar el ideal de hombre como ciudadano virtuoso al que se quería llegar por medio de la educación de lo más elevado del hombre mismo.

En tanto, el mundo medieval se adentró al estudio de las artes liberales encaminadas a la fe mediante el estudio del trívium y cuadrivium, aspecto del que el Renacimiento no renegó del todo, estudiando las letras clásicas en busca de análisis y crítica, para entender un mundo que ahora se presentaba diferente gracias al giro antropológico.

Por último, la modernidad trató de poner las ciencias humanas en línea con el modelo científico, estudiando de manera racional la realidad,⁴ pero sin abandonar la formación del hombre, llamada en alemán *Bildung* (BULLOCK; 1989, p.174).

Discusión

¿Qué características ha de tener la formación humanística para nuestro tiempo? Para empezar a responder tan compleja pregunta, se debe concretar primero –aunque muy sumariamente– el significado de la formación en humanidades. De tal modo, la educación humanística se entiende como una formación integral del hombre en su sentido más íntimo, enfocada en el hecho de ser perfectible.

Se debe entender la *humanitas* como el cultivo, el cuidado, el esfuerzo por tener una vida buena, en sentido ético-estético, como la capacidad de hacer de la propia vida una obra buena y bella.

Tal incitación viene de Séneca, con la impronta de que la educación del hombre no debe leerse en clave exclusivamente gnoseológica y epistémica, es decir, no está dado propender exclusivamente por el cultivo de conceptos, saberes y técnicas, sino por cultivo del alma, por elevar las dimensiones de la persona (SOTO POSADA; 2006, p. 32).

Lejos de ser una especie de nostalgia por el pasado feliz, fruto de la evocación romántica, preguntarse sobre la naturaleza de la formación humanística es pensar en la persona humana, en sus valores más profundos: la cultura, el estudio, la belleza, la nobleza del alma, el criticismo, el equilibrio, el personalismo, la virtud, el individualismo, la introspección, la justicia, la libertad, la bondad, el amor, el diálogo, la acción, la

⁴ Al respecto Claudia VILLA URIBE en “*Las humanidades en la formación universitaria*”. Cali, Corporación Universitaria Autónoma de Occidente, 2001. Pág. 26.

energía, el respeto, la alteridad, la esperanza... significa reflexionar sobre su autonomía, capacidad de autorrealización, dignidad inviolable y sobre su apertura a los demás y a la trascendencia (AMIGO FERNÁNDEZ DE ARROYABE; 2003, p. 262).

La formación humanística que se propone aquí –al igual que todas las ciencias, artes, saberes y técnicas– debe iluminar la vida del hombre, haciéndola mejor, más vivible, en la medida en que llene de sentido y reflexión continuamente su existencia. Según MEJÍA VELILLA la reflexión humanista abre un espacio para “...centrar la atención en las profundidades interiores de la personalidad y en su dinamismo espiritual...”

En este orden, la reflexión humanística nos provee de un entendimiento cultivado con el cual se aprecia con mayor fuerza y profundidad el aporte que, a la vida y al conocimiento del mundo, nos arrojan las ciencias experimentales y las artes, pues, es lógico que en todo quehacer humano se encuentra el germen de la reflexión, pero, por su especial naturaleza y objeto, las humanidades dan paso a una intelectualidad referida la realidad personal del hombre que se toma así mismo como problema y se perfecciona en sus acciones y pensamientos.

Sin embargo, no es lícito inferir de lo anterior alguna especie de segmentación de las formas de conocimiento de las distintas ciencias, al contrario, la formación humanística permite una integración, una unidad de conocimiento al interior del hombre, que como bien nos sugería el maestro Andrés Bello, dota al alma para descubrir que “...todas las verdades se tocan...” (MEJÍA VELILLA; 1990. p. 24) lejos de un panteísmo infundado, o un eclecticismo insuficiente.

Nos sugiere esto, que del mismo modo que se da al término *universitas* el significado de *unidad en la diversidad* (BARRERO CABAL; 2008, p. 35), se pretende hacer una *universitas* al interior del hombre y se otorga la responsabilidad primera de esa labor a la

reflexión humanística. Ya el profesor GUADARRAMA, acierta al comentar que el humanismo se enfrenta radicalmente a todo tipo de alienación, en la medida que busca engrandecer la reflexión sobre lo humano y la acción humana misma, perfeccionando a la persona.

Y además, porque mientras alienar significa, en cierto sentido, separar y excluir los elementos esenciales de un todo, el humanismo procede en forma inversa: busca unidad, incorporación, integralidad, ensanchamiento (GUADARRAMA; 1997, p. 22).

Siguiendo con fidelidad la sugerencia del maestro BARRERO CABAL (2008, pp. 19 y 124), sólo podemos decir que gracias a la formación humanista el hombre está “...llamado a recrear, en virtud de sus facultades, un mundo armónico con la dimensión espiritual y las apetencias superiores y trascendentales del ser humano: educación en lo superior y para lo superior”. Al ejercitar el cultivo de las facultades más elevadas de la persona, ésta marcará una diferencia con el mundo del facilismo y el atolondramiento de las muchedumbres habidas de la novedad y la inmediatez, se alejará tal persona de la vulgaridad y del sacrificio de los valores intrínsecos por los extrínsecos, de todo esto que se constituye como la nueva forma de barbarie (BELTRÁN GUERRERO; 1980, p. 20). Y a la postre ¿no es la búsqueda de la sabiduría y el perfeccionamiento personal un ascenso que requiere la participación de los mejores? Ya los griegos en una concepción plenamente estética de la sabiduría, denominaban a la vulgaridad de que hablamos como *apeirokalia*, es decir, falta de experiencia en las cosas bellas (MEJÍA VELILLA; 1990. p. 24).

En las líneas precedentes se ha tratado de señalar, muy brevemente, la naturaleza de la *humanitas* en el actual trabajo, siendo evidente una continuidad en tal idea desde la antigüedad clásica, pasando por el renacimiento, llegando a la modernidad y de ahí hasta las consideraciones presentes. Pero,

no puede confundirse continuidad con identidad, pues cada periodo marcó su impronta en la concepción de humanismo y la propuesta que se prefigura en este trabajo se funda sobre características algo diferentes a la tradición humanista. Para clarificación conceptual, se ofrece una enumeración explicativa de nuestra propuesta de humanismo, a continuación⁵:

1) El humanismo centra su atención en el hombre y parte de la experiencia humana, lo cual no implica atacar, desvirtuar, destruir o sustituir la creencia religiosa en un ser divino (Dios) ni tampoco la investigación científica, sólo se hace hincapié en las potencias humanas. Afirmar al hombre, sí, pero sin negar otras realidades constitutivas de la existencia.

Sin embargo, a partir de la modernidad, extendidas formas de educación han pretendido reemplazar, cortando de tajo, el estudio humanístico, suplantándolo por la ciencia, la técnica o cualquier otro tipo de estudio especializado. Y si bien es cierto que muchos hombres de ciencia están unidos al humanismo por convicción, inclinación natural de espíritu y formación intelectual, y disfrutan de las reflexiones filosóficas, teológicas y artísticas con respeto, talento y responsabilidad, existen otros que desdeñan la reflexión humanista, teniéndole como algo emotivo o lúdico, reconociendo a la ciencia experimental como la única capaz de ofrecer una comprensión segura y seria del hombre y del mundo... (BULLOCK; 1989, p.186).

Aún más, parte del pensamiento contemporáneo referido al humanismo amplía el anterior conflicto, especialmente si atendemos a las tendencias estructuralistas de Lévi-Stauss, Lacan, Foucault, Althusser y otros, que pretenden dar a las ciencias humanas un postulado de cientificidad para que alcancen, al fin, un verdadero estatus

científico⁶, llegando, muchas veces, a una parcial o total repulsa del humanismo al menospreciar su epistemología, sostenida como un momento pre científico (RUBIO CARRACEDO; 1987, pp. 16-17).

Desde este enfoque el humanismo debe renunciar al estudio de la interioridad, la espiritualidad y la individualidad consciente para ser ciencia, de acuerdo a la tendencia de homogenización del sistema científico. Este movimiento es conocido como anti-humanismo estructuralista, no por una negación tajante del hombre, sino por una re-estructuración de sus categorías, relaciones y significados (AMIGO FERNANDEZ DE ARROYABE; 2003).

Ante tales objeciones, es menester decir que se reconoce indubitablemente que la ciencia es una faceta humana esencial en la consideración de la persona y en el desarrollo del hombre, pero que, por su naturaleza, método y finalidad tiende a ser instructiva más que edificante, en el sentido de ser vitalmente educadora. Es decir, forma la mente, el razonamiento y enseña a pensar de acuerdo a su propio marco epistemológico, mas, no es en sentido estricto, formadora de espíritus, pues su especialización, tan prodiga en resultados y mejoras, tiende a fortalecer parcialmente lo que debería ser una magnificación de la totalidad del ser personal. Pero debe tenerse cuidado. Decir que los matemáticos, científicos, ingenieros, tecnólogos son unos ignorantes existenciales sería una estulticia monstruosa, lo que se señala es que la ciencia experimental en su parcialidad ha descompuesto la idea de la totalidad e integralidad del mundo y el hombre en aras de un mejor método de estudio según sus intereses, y al concentrarse en ciertas propiedades no se ocupa del ser humano integralmente.

⁵ Una caracterización semejante aparece en SAVATER (1990, pp. 99-101) y en BULLOCK (1989, pp. 169-174).

⁶ En: AMIGO FERNANDEZ DE ARROYABE (2003, p. 61) puede verse el problema del replanteamiento de la racionalidad científica y oposición radical a la científicista en el artículo del profesor Juan Antonio Estrada, el humanismo en el siglo XXI.

Es esta una salvedad muy sutil, pero que siempre debe tenerse en cuenta para evitar la confusión, la falacia y el irrespeto... (AMIGO FERNANDEZ DE ARROYABE; 2003, p. 131- 161).

Se ha incluido este tema en la sección presente del discurso por ser uno de los retos más difíciles que enfrenta la formación humanista contemporánea, y, a la vez, para resaltar la especial particularidad epistemológica de las humanidades, llamadas a un tipo diferente de reflexiones ante el hombre, ya que se habla de un estudio nacido del interior de la persona que se encamina a situarse a sí misma como objeto de contemplación y de análisis, desplegando métodos que de verdad atiendan al orden interior humano y que permitan potenciar las facultades humanas en la acción. Esta es la diferencia entre el estudio humanístico y el de otras ciencias, y lugar de privilegio para resaltar su importancia.

2) La persona humana tiene un valor en sí misma, la dignidad humana y su reconocimiento, valoración, promoción y respeto son el origen de los valores y derechos humanos. Tal dignidad se ve atendiendo a las facultades y potencias latentes y exclusivas de la persona como son la razón, la voluntad, la memoria, la imaginación, el sentimiento, la fe, solo que integradas gracias a la autoreflexión y que desarrollarán su capacidad perfectible, mejorarán a las personas en sí mismas y a la humanidad en general.

El que la persona sea un valor en sí misma no supone un individualismo o subjetivismo groseros y radicales o alguna especie de egoísmo en cuanto al despliegue de las capacidades personales. Ante esta confusión peligrosa corresponde atender a que “La humanidad no sólo es la condición más íntegra de los hombres, sino que también necesita el marco humano para conseguir manifestarse: los hombres se hacen humanos unos a otros y nadie puede darse la humanidad a sí mismo en la soledad, o, mejor, en el aislamiento...” (SAVATER; 1990, p. 21).

Conjuntamente, para abordar la crítica al humanismo como un individualismo y un solipsismo conviene reconocer que el humanismo es responsable ante las realidades del mundo contemporáneo: la extrema pobreza, el uso de la ciencia y tecnología, la guerra, la dominación económica, la globalización que le impone como nuevo reto el existir en lo pluri cultural y multicultural.

En tales términos, todo humanismo es un optimismo humano, dado que, primero integra a todos los hombres en un destino común, les hace formar parte de una unidad del género humano, y les propone la posibilidad de la perfectibilidad en virtud del propio esfuerzo, terminando en la idea de una mejoría planetaria de toda persona, de poder habitar un mundo cada vez más humanizado, más acorde con los rasgos mejor logrados y benéficos de la naturaleza humana (CONILL; 1991, p. 23).

3) Para que el perfeccionamiento del hombre se efectúe se necesita de la educación, no como un entrenamiento en prácticas, saberes o técnicas específicos, lo cual sería más bien adiestramiento, sino como un despertar, un cultivar un impulsar las posibilidades de la vida humana, el cultivo de la humanidad de la que tanto hemos hablado. La mayoría de las personas necesitan ese impulso que despliegue sus potencias íntimas para llegar al desarrollo integral de sus capacidades personales y la educación debe dotarlas de competencias vitales que les permitan comprender el mundo donde habitan y el interior que les sustenta como humanos, necesitan de una formación que les ayude a entender, desplegar y ennoblecer el sentido de sus vidas. Precisamente, educar es un viaje interior en aras del desarrollo del ser humano, de todas sus potencialidades: intelectuales, afectivas, morales, estéticas, sociales, religiosas, en todos los contextos: familia, trabajo, ciudad y a través de su ciclo vital completo.

Educación en humanidades implica vivir bien (con bondad y bienestar) y ser feliz.⁷ En el ámbito de la educación, es imperativo el respeto de la libertad individual, pues la enseñanza no es una imposición arbitraria o una coacción, es una invitación, una sugerencia, una exhortación, un llamado al interior del hombre para realizar el despliegue de sus energías humanas. Además, ser libre es un elemento esencial al humanismo, pues, como bien nos enseñó la modernidad, ser autónomo nos aleja de las limitaciones de la costumbre, las leyes y las instituciones impuestas irreflexivamente. La enseñanza humanística libera el espíritu humano, es decir, que mediante el estudio y el ejercicio de la reflexión el hombre podrá romper las ataduras de la ignorancia, el fanatismo, la esclavitud y el error. Es como dice Savater (1990, p. 16): *“Se trata de arrancar al hombre de la tiranía y de la miseria. El hombre no puede ser feliz más que cuando asume todas sus posibilidades de hombre, es decir, cuando vive en la libertad y en el bienestar...”* consigo mismo, con sus semejantes, con la naturaleza y con Dios, debe agregarse.

Esto va en contra de la degradación e instrumentalización humana, en suma, de la deshumanización, pues, lo esencial del humanismo es la permanente tensión y búsqueda del desarrollo pleno del hombre, de su liberación integral, la materialización de los ideales humanos de libertad, igualdad, fraternidad en una sociedad universal más justa y feliz. Esta felicidad, es entendida como uno de los frutos de la civilización, la inteligencia, el coraje, la nobleza y grandeza de hombre. Es cierto que aquí hay mucho de ideal y de utópico, pero no podemos negarnos a la realización del hombre como género y como biografía en el individuo, con el reconocimiento y responsabilidades de sí mismo y del otro.

⁷ En la quinta parte del texto de AMIGO FERNANDEZ DE ARROYABE (2003, pp. 261-348): reflexiones educativas desde un horizonte humanista, puede ampliarse el tema educativo.

4) Este humanismo comparte con otros humanismos la creencia “...en el poder de las ideas para modelar la vida y en la capacidad de la persona humana para desarrollarse...hasta el punto de superar los conflictos interiores y vivir en armonía con sus semejantes y con la naturaleza...” (BULLOCK; 1989, p.115).

Pero, valorando la importancia de entender las ideas en y desde su contexto humano-cultural (social e histórico), y, resaltando la independencia de estas ante los dominios e intereses políticos, económicos, individuales y de clases. Por ende, esta propuesta de humanismo no debe inscribirse radicalmente a un sistema filosófico o a un credo religioso, a pesar de la riqueza que estos puedan dar al contenerle, esto para dejar la discusión sobre el problema del hombre abierta y continua. Así, se atiende a la convergencia reflexiva y responsable de todos aquellos humanismos y se repulsa, al tiempo, toda clase de determinismo y reduccionismo de la vida humana y sus dimensiones, o, autoritarismos ideológicos e intolerantes. Con esto, tal humanismo queda igualado en condición y dignidad a su objeto de estudio, el hombre, en la medida que comparten la libertad y la dinámica.

Al mismo tiempo, se enfrenta a los sistemas estrictamente formales y abstractos de cualquier índole. Lo que se valora de la razón es su capacidad de aplicación pragmática y crítica a problemas de la experiencia humana concreta: morales, políticos, sociales, psicológicos y existenciales. Lo que se quiere decir, es que no se plantea un “humanismo de biblioteca”, reconociendo las limitaciones de una vida meramente contemplativa, al contrario, se impulsa a la interrelación, a la alteridad, a la acción y la responsabilidad social; se prepondera un hombre preocupado por el destino de sus semejantes y del mundo natural. El humanismo verdadero zanja las posibles dicotomías entre pensamiento y vida, gracias al enaltecimiento continuo de la condición humana y del mundo.

Así, ser hombre se conjuga en una responsabilidad muy grande, es una labor viril e ininterrumpida que exige personas fuertes, virtuosas. Era esta la preocupación de Petrarca y Montaigne: volver la exploración hacia sí mismo y a la riqueza de la experiencia humana para abordar los problemas comunes y concretos de la humanidad (BULLOCK; 1989, p.22). Entonces, la imposición no está permitida, dejando el paso libre para el reconocimiento de diversos métodos provenientes de diversas culturas para aproximarse a la verdad sobre el hombre. Esto se hace partiendo del estudio concienzudo y respetuoso, tratando de comprenderles, a pesar de la posibilidad que tienen de no ser aceptadas por todos, sin nunca tratar a los diferentes métodos de estudio del hombre con la falsa consideración etnocentrista, tan en boga en nuestros días, ni con su opuesto, la intolerancia destructiva.

Conclusiones

Es necesaria y urgente para nuestro tiempo una reflexión teórica con aplicaciones prácticas importantes, capaz de mostrar que el humanismo es, como anota CONILL (1991, pp. 33-34) "...la matriz cultural fundamental..." de la que se nutren el pensamiento y la acción de las personas. Aquí se hace evidente la necesidad de la existencia de personas formadas en su interioridad y que a su vez sean formadoras de cultura, ésta entendida, como cultivo y ejercicio de las facultades y capacidades humanas. Es ostensible con lo anterior, la reivindicación de la vetusta unidad entre la fuerza de la *humanitas* y la *civilitas* que tiene que retomarse para la transformación de la cultura es un esfuerzo humano por engrandecerse a sí mismo, a la naturaleza y a su mundo social.

Del mismo modo, al estudiar teóricamente el humanismo se disiparían gran parte de las dudas que engendra su proceder epistemológico, y en la medida que sus sugerencias, pudieran hacerse conceptos y

categorías completas, se podría sacar a las ideas humanistas del lugar de prescripciones normativas animistas, religiosas, morales o sentimentalistas al que muchos críticos les confinan. Es menester una fundamentación rigurosa de los postulados del humanismo contemporáneo, que evidencien la coherencia de esta iniciativa metodológica, pedagógica, intelectual, social y sobre todo vital, para que los anhelos formativos humanísticos sean deseables ética y estéticamente, sino exigibles a los individuos que pudieran tenerles por formas de vida plenamente practicables en virtud de la naturaleza perfectible de la persona y de la sociedad...

Es por lo anterior, que la formación humanística no puede ser un agente estático perdido en los anales de la historia y contemplado desde el anhelo melancólico por un pasado glorioso que ya no existe. Debe ser, al contrario, como un organismo vivo, dinámico y autocrítico, superarse a sí mismo en cada una de sus fases e integrarse a la vida de las personas y a las relaciones ineludibles de estas con sus semejantes y con su mundo. El hecho de que las humanidades puedan estar en crisis actualmente es algo beneficioso, un reto intelectual, moral, estético y existencial, siempre necesario, puesto que el día que la reflexión interna del hombre hacia sí mismo cese, habrá finiquitado el proceso de perfección del conocimiento humano. De tal modo, toda aquella circunstancia que signifique una problematización para la *razón suficiente* de las humanidades como parte esencial de la formación de las personas, habrá de ser recibida con alegría, en la medida que active el pensamiento y que no se constituya como intento vulgar, ramplón y mediocre de invalidación y destrucción.

Y al hablar de invalidación y destrucción mutua, debe exigirse a todo humanismo (de corte cristiano o metafísico, personalista, materialista, estructuralista, existencialista, ateo, sociológico...), independientemente de su heterogeneidad conceptual y cultural, que reconozcan su inherente raíz común: la

humanidad, y que sus propuestas reivindiquen, enaltezcan, defiendan, respeten y magnifiquen al hombre, que se empeñen en propiciarle mejores condiciones de vida material y espiritual, de manera tal que pueda desplegar sus potencialidades (GUADARRAMA; 1997, p. 20).

Por último, es cierto que en la introducción ya se había dejado claro que no era uno de los objetivos de este trabajo hacer un análisis del cómo se han de enseñar las humanidades. Mas, a pesar de tal salvedad, aparece como provocador el hecho de dar alguna recomendación, muy tímida, al respecto.

Es claro que no se pretende –o por lo menos no al pie de la letra– reimplantar en los currículos universitarios⁸ y los programas de cada facultad, la lectura de los clásicos griegos, romanos o medievales ni del trívium y el cuadrivium –por muy ventajoso que fuera para la lógica, para la fundamentación conceptual, la reflexión y aún más para la sensibilización ante los grandes maestros – dado que, tal empresa, aún alentada por bellas intenciones, podría pasar por la imposición *in extremis* de un estudio humanístico acumulativo que incluyera humanidades clásicas, modernas y el estudio de la ciencia y la tecnología actuales, sacrificando la profundidad en aras de la extensión y el acaparamiento irreflexivo. Lo que se plantea es reconocer la necesidad de una formación humanística real que permita a las personas ser *alumnos*, en el sentido etimológico dado por Isidoro de Sevilla, en el cual, *alumno* proviene del verbo *alere* que significa alimentar y nutrir, es otros términos, que las personas reconozcan su necesidad de alimentar y nutrir su interioridad, sus cualidades personales...⁹

⁸ Al respecto véase la propuesta de un modelo curricular para las humanidades en la educación superior del Grupo Humanidades, Sociedad y Educación Superior Contemporánea de la Corporación Universitaria Autónoma de Occidente.

⁹ Al respecto Isidoro de Sevilla, citado por SOTO POSADA (2006, p. 32).

Ante esto, no se debe ver el humanismo como una fórmula de educación extrínseca que se encarga de educar y de llenar el espíritu vacío de los alumnos, cuando lo que se intenta es formar el interior de una persona que comprende potencias como el sentimiento, la razón, el espíritu, la corporeidad, la imaginación, la memoria, la voluntad, la moralidad, la fe, que pueden desplegarse y que están en disposición a la perfectibilidad. Una formación así sería del interior hacia afuera al expresar la energía y dinamismo del hombre en el desarrollo de sus potencias.

Siguiendo en estas reflexiones al profesor David MEJÍA VELILLA (1990, pp.11 y 12), la enseñanza de las humanidades lograba establecer, por lo menos, los rudimentos de una vida verdaderamente intelectual en el *alumno*. Esto es, inculcar aquel tan citado y muchas veces tan vilipendiado, amor a la sabiduría, traducido en esa virtud nacida del placer del *studium*, entendido este, como una devoción y dedicación apasionada al ejercicio de las letras, pero desplegado hacia un horizonte de sentido vital. Además sensibilizaba, fomenta la intuición, la imaginación y la creatividad, a la vez, que ejercita la facultad de la memoria caída en la incuria, en el rechazo y hasta en el vituperio en algunos modelos educativos contemporáneos, y que es, una condición fundamental para conservar y aprovechar los conocimientos adquiridos, para actualizarlos de acuerdo al problema afrontado o la idea adventicia, para llevar seguridad en el trasegar de la vida y la conciencia. Por esto y por todas las reflexiones seguidas en el transcurso de este escrito, es que la importancia de una adecuada formación humanista en nuestro tiempo se postule como inevitable, ya que lo que se pone en juego es el interior de la persona humana, y, con ello, el propio destino del mundo.

Bibliografía

- AMIGO FERNANDEZ DE ARROYABE, María (editora). *Humanismo para el siglo XXI*. Bilbao, Universidad de Deusto. 2003.
- BELTRÁN GUERRERO, Luís. *Humanismo y romanticismo*. Monte Ávila Editores: Caracas, 1980.
- BULLOCK, Alan. *La tradición humanista en occidente*. Alianza: Madrid, 1989, pp. 14-15.
- BORRERO CABAL, Alfonso. *La universidad. Estudios sobre sus orígenes, dinámicas y tendencias*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2008. Tomo 1. p. 44.
- BORRERO CABAL, Alfonso. *La universidad. Estudios sobre sus orígenes, dinámicas y tendencias*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2008. Tomo V. pp. 25-84.
- BORRERO CABAL, Alfonso. *La universidad. Estudios sobre sus orígenes, dinámicas y tendencias*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2008. Tomo I y V.
- CONILL SANCHO, Jesús. *El enigma del animal fantástico*. Tecnos: Madrid, 1991.
- GUERRERO USEDA, María Eugenia. *Evaluación de un proyecto de diseño e implementación de un programa profesoral para fomentar virtudes y valores en estudiantes de educación básica*. Universidad Católica de Colombia: Bogotá, julio de 2009, 4 p.
- GUADARRAMA, Pablo. *Humanismo y autenticidad en el pensamiento latinoamericano*. Universidad INCCA de Colombia: Bogotá, 1997.
- GRUPO DE INVESTIGACIÓN HUMANIDADES, SOCIEDAD Y EDUCACIÓN SUPERIOR CONTEMPORÁNEA. *Propuesta de un modelo curricular para las humanidades en la educación superior*. Corporación Universitaria Autónoma de Occidente: Cali, 2003.
- MEJÍA VELILLA, David. *Sobre la enseñanza de las humanidades*. Bogotá, Universidad de la Sabana, 1990.
- RUBIO CARRACEDO, José. *El hombre y la técnica. Humanismo crítico, desarrollo moral, constructivismo ético*. Anthropos: Barcelona, 1987.
- SAVATER, Fernando. *Humanismo impenitente. Diez ensayos anti jansenistas*. Anagrama: Barcelona, 1990.
- SOTO POSADA, Gonzalo. *Filosofía y cultura*. Universidad Pontificia Bolivariana: Medellín, 2006.
- VILLA URIBE, Claudia. *Las humanidades en la formación universitaria*. Cali, Corporación Universitaria Autónoma de Occidente, 2001.